

Los misterios más fascinantes del catolicismo

LOURDES GÓMEZ

LA IGLESIA Y SUS ENIGMAS



Luciérnaga

LOURDES GÓMEZ

LA IGLESIA Y SUS ENIGMAS

Los misterios más fascinantes
del catolicismo



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

© del texto: Lourdes Gómez Martín, 2018.

© imágenes del interior: del archivo de la autora

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: junio de 2018

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-17371-20-3

Depósito legal: B. 6.319-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

SUMARIO

Introducción	9
1. Reliquias, objetos de poder	11
CULTO UNIVERSAL	11
El Grial, la reliquia más perseguida	12
El cáliz de doña Urraca, el secreto oculto en la «capilla sixtina» del Románico	14
El santo cáliz de Valencia, el peso de la historia y de la tradición	28
El sagrado mantel de Coria, una pieza única en la cristiandad.	33
La santa espina de Mula, ¿un pedazo de la corona de Cristo?	39
La sábana santa, reliquia entre reliquias	49
2. El misterio de la Virgen de Guadalupe.	65
LOS SECRETOS DE LA GUADALUPE EXTREMEÑA	65
Analizando la leyenda.	67
La Virgen de Guadalupe de México, un enigma vigente.	84
Las controversias entre la Virgen de Guadalupe de Extremadura y la Virgen de Guadalupe de México	108
3. El mundo de los milagros	117
LOS MILAGROS, EN PROFUNDIDAD	117
La posición de la iglesia ante los milagros	118
Los prodigios de Jesús de Nazaret.	120
La milagrosa misa del padre Cabañuelas.	127
El milagro del arroz de Olivenza.	132
Los santos y sus enigmas.	140
San Pedro de Alcántara y sus misterios	154

4. Las ánimas: los fantasmas de la Iglesia	163
LAS ALMAS EN PENA Y EL PURGATORIO	163
Tradiciones	164
Fray Pedro de Villacreces, el religioso que se aparece	172
5. Manifestaciones diabólicas	179
QUIÉN ES EL DIABLO	179
El diablo, un espíritu con muchos disfraces	180
Exorcismos en el siglo XXI	186
El manuscrito de Villafranca y el bebé endemoniado	194
Fiestas relacionadas con el diablo	196
Encuentros con el maligno	198
6. Fátima, el altar del mundo	201
CRÓNICA DE UN DÍA HISTÓRICO: EL CENTENARIO DE FÁTIMA	201
En busca del milagro	206
Tres pastorcitos y varias apariciones	207
Las apariciones del ángel que «preparó» a los videntes	214
Los espiritistas que predijeron la aparición de Fátima	218
El misterio de los mensajes	221
7. Luces populares, las luminarias del firmamento cristiano	227
NUMEROSOS TESTIMONIOS	227
Luces de la Reconquista, los santos de las batallas	227
Luces e intervenciones divinas en la conquista de América	238
La visión de los vencidos. Moctezuma y sus oscuros presagios	245
A modo de conclusión	249
Bibliografía	251

RELIQUIAS, OBJETOS DE PODER

Confieso que cuando entro en un templo cristiano por vez primera siempre busco el relicario, es decir, el conjunto de reliquias que se guardan en un determinado santuario. Más allá de esa pátina de misterio que poseen este tipo de piezas, el número, la variedad, las curiosidades y leyendas asociadas a las mismas nos suelen hablar de la importancia que tuvo ese espacio en la antigüedad, de los personajes ilustres que pasaron por allí, de las pequeñas y grandes historias que tuvieron lugar en ese enclave. Porque las reliquias distan bastante de ser simples artículos que se custodian en iglesias y catedrales de todo el mundo; son objetos relacionados con el poder, «máquinas hechas para emocionar», como diría Javier Sierra. Ellas han sido depositarias de la fe y de los ruegos de millones de personas a lo largo de la historia de la cristiandad, provocando guerras y enfrentamientos entre distintas confesiones o reinos, todos en pugna por retener estos objetos sagrados en la creencia de que los ayudaban a tener suerte en sus empresas y a estar cerca de la divinidad.

CULTO UNIVERSAL

Las reliquias nacieron con el cristianismo, pero sería erróneo pensar que solo están presentes en nuestro contexto religioso y sociocultural. En el Museo Topkapi de Estambul (Turquía), muy conocido por albergar el enigmático mapa de Piri Reis,¹ existe un pabellón donde se veneran algunas reliquias relacionadas con el profeta Mahoma: un diente, unos pelos de su barba, una tablilla de barro donde aparece, supuestamente, la huella de su pie, así como su estandarte y su manto. Esta última es la pieza más preciada para los musulmanes,

1. Para más información, recomiendo los libros *En busca de la Edad de Oro*, de Javier Sierra, y *Los enigmas de Piri Reis y otros navegantes*, de José Juan Montejo.

quienes piensan que tiene propiedades milagrosas.² Por su parte, los budistas adoran lo que consideran restos de su fundador, el príncipe Siddharta Gautama, como algunos fragmentos óseos y porciones de su dentadura.

Con todo, el deseo de guardar estas piezas surge con los primeros mártires de la Iglesia. Los cristianos llegaron a la conclusión de que los que habían sufrido martirio podrían ser unos excelentes intercesores ante Dios, de ahí que decidieran hacerse con sus ropas, enseres y cuerpos para acelerar las concesiones de la divinidad. Según Antonio Piñero, catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid, especializado en lengua y literatura del cristianismo primitivo,³ «la implantación de la devoción a las reliquias se hace casi general en la cristiandad del siglo IV unida a la libertad de culto que proporcionó el Edicto de Milán del año 311, en el que el emperador Constantino, después de la batalla del puente Milvio, permitió que el cristianismo pudiera añadirse a la lista de religiones y cultos permitidos en el Imperio. Ello produjo peregrinaciones a los lugares emblemáticos de la cristiandad, sobre todo Roma y Jerusalén». Precisamente, en esta época de auge de las peregrinaciones empiezan a tenerse noticias de las reliquias más importantes de la Iglesia: las de Jesús de Nazaret.

Hacia el año 340 el obispo de Jerusalén, Cirilo, expandió la noticia de que durante las obras de construcción de la iglesia del Santo Sepulcro había aparecido un gran leño que, para ellos, era parte de la cruz en la que había muerto Jesús. Es justo en este instante cuando se crea ese interés por guardar las astillas de ese leño, en el convencimiento de que protegían contra todo tipo de males. Y no solo los restos de la cruz, pues los cristianos de aquel tiempo asistieron al nacimiento del culto a todos los objetos diseminados por el mundo que, según la leyenda y la tradición, fueron tocados por Jesús de Nazaret. Dos de los más importantes están en España, en Valencia y en León.

El Grial, la reliquia más perseguida

El terreno de las reliquias suele estar abonado con grandes dosis de relatos legendarios y la indispensable condición de la fe como único elemento de empuje a una historia llena de lagunas.

2. Existe un excelente artículo de Isabela Herranz titulado «Las reliquias de Mahoma» en el Monográfico n.º 72 de la revista *Más Allá*.

3. Muy recomendables todos los trabajos de Antonio Piñero. Se puede acceder a ellos a través de su página web <www.antoniopinero.com>.

El hecho de denominar al cáliz utilizado por Jesús en la Última Cena como grial tiene su origen en un relato medieval. Tal y como me explicaba el reputado investigador Jesús Callejo en una agradable reunión que mantuvimos en el pintoresco mesón madrileño La Fontana de Oro, «el grial es todo un ciclo literario relacionado con la figura legendaria del rey Arturo, pero con independencia de sus raíces históricas, este relato nace en el siglo XII a partir de una serie de personajes, como Geoffrey de Monmouth, que empiezan a añadir a la leyenda de Arturo elementos de su cosecha». Aquella tarde de invierno me desplazé a Madrid con la intención de que Jesús me diera más detalles sobre esta misteriosa pieza. Recuerdo que fue en el año 2014 cuando decidí introducirme a fondo en esta historia, y él fue mi primer guía en una aventura fascinante.

Lo primero que saqué en claro de aquella reunión es que en la leyenda del rey Arturo lo más importante no son sus doce caballeros, su espada Excalibur o su mesa redonda. El elemento destacado, por encima de cualquier otro, es esa búsqueda de perfección materializada en la búsqueda del grial. «Esta pieza ha sido representada con distintos objetos como una escudilla, por ejemplo, o como la esmeralda que cae de la frente de Lucifer», me decía Callejo, añadiendo que, en concreto, es Robert de Boron quien «le da un componente cristiano asociándolo con la copa de la Última Cena». Así fue como el abstracto grial pasó a considerarse algo físico, tangible, y con propiedades curativas y milagrosas derivadas de su relación con Jesús de Nazaret.

Diversos griales en la cristiandad

Por ende, más allá de esa relación del término *grial* con enseñanzas ocultistas y espirituales, si tomamos la palabra por la vertiente de la reliquia, nos encontraremos que existen diversos griales, es decir, diversos cálices que, según los fieles, están entre los candidatos a ser el que habría sido utilizado por Cristo durante la Última Cena. Su fama nace en el medievo, en el siglo XII, cuando se extiende el mito del Grial gracias a la literatura trovadoresca; así, toda Europa se disputa su custodia y cada cual dice estar en posesión de la verdadera reliquia.

En Inglaterra, por ejemplo, existen tres griales: el vaso de Nanteos, el grial de Hawstone y el cáliz de Ardagh. El que posee más tradición es el vaso de Nanteos, un cuenco de madera que, según sus custodios durante mucho tiempo, la familia Powell, procedería de la abadía de Glastonbury, donde, a tenor de la leyenda artúrica, José de Arimatea lo habría depositado. Si tenemos en cuenta los recientes análisis a los que ha sido sometido, el vaso de Nanteos fue creado en el siglo XIV.

Curiosamente, en América también hay un grial: el cáliz de Antioquía. Forma parte de la colección del Metropolitan Museum of Art de Nueva York. A pesar de que la prestigiosa institución lo dató entre los años 350 y 500 d. C., son muchos los que se acercan a contemplar esta pieza considerando que es el «cáliz del Mesías». Y sin irnos tan lejos, en Italia, tenemos al Santo Catino y la Sacra Catina, ambos en Génova. Como se observa, hay muchos griales, pero según el estudioso Jesús Callejo: «Aunque hay unos doce en toda la cristiandad, analizando cada uno llegamos a la conclusión de que solo dos resisten las pruebas arqueológicas, históricas y legendarias: el de Valencia y el de León».

El cáliz de doña Urraca, el secreto oculto en la «capilla sixtina» del Románico

En el año 2014 y gracias a una investigación histórica, el grial, un objeto de leyenda con gran empaque en el campo de la literatura y de los enigmas, pasó de ser un elemento intangible a una realidad con nombre propio: el cáliz de doña Urraca.

Una noticia inolvidable

Aquel día de finales de marzo de 2014, el *Diario de León* amaneció con el siguiente titular:

EL SANTO GRIAL ESTÁ EN LEÓN

A esta lapidaria frase le seguían otras dos que no tenían desperdicio: «Una investigación histórica descubre que el cáliz de doña Urraca es la copa de la Última Cena. Unos papiros egipcios revelan que llegó hace mil años a San Isidoro como regalo de un emir a Fernando I». Devoré la información, unas líneas que aquel día estaban en boca de todos los seguidores de lo enigmático. Pero, más allá de mi sorpresa como aficionada, yo quería investigar aquel asunto. Necesitaba saber más. Tanto es así que me puse en contacto con la editorial Reino de Cordelia. En la publicación del *Diario de León* se decía que toda la investigación histórica sobre aquel objeto se había recogido en un libro titulado *Los Reyes del Grial*, cuyos autores eran Margarita Torres Sevilla y José Miguel Ortega del Río. Añadían, además, que el ensayo saldría a la venta unos días después, a principios de abril. Yo no podía esperar tanto. Conseguí que la editorial me enviara el libro a la mayor brevedad y pude acercar-

me al grueso de la investigación antes de que llegara a las tiendas. Por aquellos días tuve la oportunidad de entrevistar, en varias ocasiones, a todos los artífices de la investigación, especialmente a Margarita Torres Sevilla y José Miguel Ortega del Río. Paso a relataros la historia que me transmitieron.

La colegiata de San Isidoro de León guarda un enigma

Coincidiendo con la publicación de *Los Reyes del Grial*, el museo de la colegiata de San Isidoro de León se convirtió en una de las salas más visitadas de nuestro país. ¿La razón del cambio? Un objeto legendario respaldado por una investigación histórica. De entre la valiosa colección que guarda este indispensable enclave leonés sobresale un elemento que había pasado desapercibido hasta entonces: el cáliz de doña Urraca. Lo cierto es que para los leoneses esta copa era especial desde hacía mucho tiempo, no solo por ser uno de los más bellos y ricos cálices que se conservan, sino porque el antiguo abad y académico de San Isidoro, Antonio Viñayo, llevaba décadas asegurando, de viva voz y hasta en la prensa, que se trataba de la copa que utilizó Jesús de Nazaret durante la Última Cena. No es que el estudioso quisiera conferirle un aura mágica a uno de los tesoros de León, sino que tenía sospechas de que esta pieza era mucho más valiosa de lo que a simple vista parecía. Antonio Beltrán, quien fuera catedrático de Arqueología de la Universidad de Zaragoza y uno de los mayores estudiosos del cáliz de Valencia, determinó que la parte superior del cáliz de doña Urraca —un cuenco de ónice enriquecido más tarde por la princesa castellana— era de procedencia romana y oriental y, por sus características, fechó su origen entre los siglos II a. C. y I. d. C. Estos datos comenzaron a crear un rumor que solo había calado hondo en León. Y, de hecho, una mujer que cuando Viñayo y Beltrán realizaban sus investigaciones ni siquiera había nacido se quedó con la copla y no la olvidó al convertirse en historiadora y profesora de Historia Medieval de la Universidad de León: Margarita Torres fue la artífice de una investigación que, pista a pista, ha arrojado nuevos datos sobre la reliquia más perseguida de la cristiandad.

Los tesoros árabes de San Isidoro

El estudio que ha relacionado el cáliz de doña Urraca con el mito del Grial surgió por el trabajo de un equipo de la Universidad de León que estaba estudiando las piezas árabes custodiadas en la Real Colegiata de San Isidoro, impresionante enclave de factura románi-

ca alzado sobre templos anteriores por orden del rey Fernando I de León (1016-1065 d. C.) y su esposa, la reina Sancha (1013-1067 d. C.). La advocación elegida para la consagración del lugar —que se efectuó en el año 1063— fue la de San Isidoro, santo sevillano del que mandaron traer sus restos hasta León. «Dentro del interés de las instituciones por conocer mejor nuestro pasado, se nos encargó en su momento, precisamente por llevar tiempo trabajando sobre temas isidorianos, que nos ocupásemos de estudiar las piezas de procedencia islámica custodiadas en el museo de San Isidoro. Así fue como un arca de plata nielada, del visir egipcio Sadaqa ibn Yusuf, nos llevó tras la pista», me contaba Margarita Torres. Piezas como esta, que todavía pueden observarse en dicho museo, los llevaron a preguntarse por las relaciones entre el Reino de León y la dinastía fatimí de Egipto durante el siglo XI. Aunque, a priori, la presencia de tesoros árabes en San Isidoro de León no parecía guardar relación con el cáliz de doña Urraca, todo cambió debido a una impresionante casualidad. Y es que Gustavo Turienzo, historiador medieval doctorado en Filología Árabe por la Universidad Complutense de Madrid, encontró en El Cairo un texto que parecía



Cáliz de doña Urraca, considerado desde el año 2014 como el grail leonés.

explicar no solo la procedencia de los objetos árabes de San Isidoro, sino también por qué la hija de Fernando I de León y doña Sancha, doña Urraca (1033-1101 d. C.), había donado todas sus joyas para enriquecer un cuenco sin aparente trascendencia.

Unos pergaminos en El Cairo

Gustavo Turienzo se encontraba en la Biblioteca Nacional de El Cairo cuando dio con el documento clave de esta historia. Me contó su impresionante hallazgo una tarde de primavera en Madrid, cuando tuvo a bien reunirse conmigo para hablar de esta historia. Me dijo que fue durante una estancia en Egipto a causa de otra investigación cuando se decidió a examinar dos láminas que sobresalían del interior de una caja de aquella biblioteca cairota. No esperaba hacer ningún gran descubrimiento entre todos los papeles que lo rodeaban, pero la casualidad quiso que cayera en sus manos un texto que había pasado desapercibido hasta ese momento: «Cuando hay tantos papeles antiguos la curiosidad es muy fuerte. Estaba ojeando las cajas cuando encontré unos documentos que pertenecían a otro lugar, a la Universidad de Al Azhar. Estarían allí por alguna razón administrativa o burocrática, a saber. Lo que me llamó la atención fue leer el nombre de Fernando, porque, desde luego, no es habitual por aquellas tierras. Concretamente ponía Ferdinand al Kabir: Fernando I el Magno. A medida que fui leyendo los textos, los pelos se me pusieron de punta. Recogí rápidamente una traducción y me la traje a España», me explicó. El primer documento que Turienzo tradujo aquel día hacía referencia a un escrito cuya autoría recaía en un autor musulmán muy famoso por sus biografías de hombres sabios: Abu-l-Hasan Ali ibn Yusuf ibn al-Qifti (1172-1248 d. C.). Según el pergamino recién descubierto, Al-Qifti habría afirmado que «la Copa que dicen los cristianos que es la Copa del Mesías», un objeto custodiado en Jerusalén y con fama de milagroso entre cristianos y musulmanes, había sido enviado a Ali ibn Muyahid ad-Danii, por entonces sultán de un territorio del Levante español: Denia. Este sultán hispano había sido muy generoso con el imán fatimí Al-Mustansir (1029-1094 d. C.), pues había donado un barco repleto de alimentos para que Egipto superara la gran hambruna que consumía al territorio en aquellos momentos. «En torno al 1054-1055 el clima en Egipto estaba deteriorado. Había una serie de sequías que provocaron unas hambrunas terribles y, en consecuencia, movimientos revolucionarios y todo tipo de ataques. Cuando llegó a una situación desesperada, el imán se vio obligado a pedir ayuda a todos los emires musulmanes. Parece ser que, a estas peticiones de ayuda, solo prestó oídos el sultán de Denia»,

en palabras de Gustavo Turienzo. Y como seña de agradecimiento y para corresponder a su ayuda, el imán Al-Mustansir le envió una embarcación cargada de tesoros, entre ellos, el famoso y venerado cáliz del que habla el texto. De hecho, el pergamino va más allá y explica que el sultán de Denia, «como ya había recibido algunas informaciones sobre el poder de la Copa, se la pidió al imán excelso Al-Mustansir, a cambio de cuanto fuera menester darle por su entrega [mancha en el texto] pues su intención era enviarla al rey de León, Ferdinand al Kabir, [...] para fortalecer la amistad con él». En el documento también se refleja el temor de los cristianos a que esta reliquia única sufriera algún percance durante el traslado hasta Denia. Es por ello que, tal y como se comenta en el texto hallado por Turienzo, encomiendan su protección durante el viaje a «un obispo franco de Al-Yalaliqa (León), que recoge Al-Masudi en su libro, que estaba de peregrinación por entonces en Jerusalén». En resumen, el contenido íntegro que aparece en dicho papiro es el siguiente:

Dice Al-Qifti que la Copa que dicen los cristianos que es la Copa del Mesías —la paz sobre él—, utilizada durante la celebración con sus seguidores —que Dios sea misericordioso con ellos—, se encontraba en una [mancha] de las iglesias pequeñas que están en los alrededores de Jerusalén —pedimos a Alá que la reintegre al país del Islam—. Esta iglesia es famosa por la presencia de las reliquias del obispo Yacub [mancha], firme discípulo del Mesías —la paz sobre él—. Y allí estaba la Copa, bajo la protección de algunos rumíes valientes, que habían juramentado su protección, oculta tras una doble cortinilla, en un nicho entre las paredes, lejos del alcance de la vista. Los cristianos insisten que esta Copa tiene poderes [mancha] medicinales extraordinarios, rumor que es propalado [mancha] por las lenguas de cristianos y musulmanes, incrementando la fama y popularidad de la Copa. Y la gente de ciencia y doctrina la ignoran, e incluso algunos musulmanes rechazan firmemente que exista ninguna iglesia [mancha] curación. En el año de la gran hambruna (447), Ali ibn Muyaḥid ad-Danii envió un barco con gran cantidad de víveres hacia el país de Egipto. Y como ya había recibido algunas informaciones sobre el poder de la Copa, se la pidió al imam excelso Al-Mustansir, a cambio de cuanto fuera menester darle por su entrega [mancha] pues su intención era enviarla al rey de León, Ferdinand al Kabir, [mancha] rey de este país, en el año 429, para fortalecer la amistad con él. Este rey estaba afectado por la fuerte enfermedad de la piedra, la cual le hizo perecer penosamente. Aunque otros dicen que Ali en realidad era cristiano y que su madre estaba todavía viviendo en el país de los cristianos, pero que no había podido acompañarle. Los guardianes infieles [en religión: cristianos] temían que la

Copa cayera en manos de los musulmanes durante el traslado de un lugar a otro. Al saber del odio que los judíos y la gente de ciencia y doctrina tenían a la Copa y [mancha] al acto de peregrinación [mancha], se la encomendaron a un obispo franco de Al-Yalaliqa, que recoge Al-Masudi en su libro, que estaba de peregrinación por entonces en Jerusalén. Acompañado de algunos guardias de la Copa y de sus propios hombres, el obispo [mancha] cogió lo necesario para el viaje, y con prisa se puso en camino [mancha]. Y es conocido que durante el viaje [mancha]...⁴

Si ya de por sí este primer texto, que dormía el sueño de los justos hasta ahora, contiene unas líneas que tienen mucho que decir sobre la historia del grial, la conmoción de Gustavo Turienzo aumentó cuando echó mano del segundo pergamino de la caja. En él se exponía una petición de Saladino (1138-1193 d. C.), sultán de Egipto y de Siria, que pedía que se le enviara «el trozo de piedra santa, la cual desprendió de la Copa con una gumía, el primero de los hombres de Bani-I-Aswad en el año 447 [de la Hégira], cuando el malvado Al-Mustansir le nombró jefe de la expedición con dirección a Denia en el extremo de Occidente [mancha en el texto]. Y es sabido cómo tal proceder ennegreció su cara y sus manos [mancha en el texto]». Añade, además, que dicha esquirla había sido enviada a Saladino y había obrado el milagro de curar a su hija «después de imponerle el trozo de piedra sobre su cuerpo». En concreto, esta es la traducción completa:

El estado de nuestra hija, la cual, como sabes, padece de la enfermedad del flujo de la sangre y el mal de la piedra, y habiéndonos aconsejado previamente por los médicos y por el muftí de Jerusalén, ordenamos que nos sea enviado el trozo de la piedra santa, la cual desprendió de la Copa con una gumía, el primero de los hombres de Bani-I-Aswad en el año 447, cuando el malvado Al-Mustansir le nombró jefe de la expedición con dirección a Denia en el extremo de Occidente [mancha]. Y es sabido cómo tal proceder ennegreció su cara y sus manos [mancha]. La esquirla tomada de la Copa fue enviada a Salah ad-din, que Dios se apiade de él, y tras la curación de su hija después de imponerle el trozo de piedra sobre su cuerpo, ordenó que fuera guardada en una alacena en la casa de la riqueza [tesoro público de los musulmanes].⁵

4. Traducción obtenida de *Los Reyes del Grial*, de Margarita Torres y José Miguel Ortega del Río, Editorial Reino de Cordelia.

5. *Ibidem*.

Según ambos documentos, un objeto de poder muy importante había sido enviado hasta Denia junto con otros tesoros de procedencia árabe. También se explica en el segundo texto la intención del sultán de Denia, Ali ibn Muyahid ad-Danii, de enviar «la Copa que dicen los cristianos que es la Copa del Mesías» al rey Fernando I de León, y en una fecha muy concreta —1054/1055 (447 de la Hégira)—. Pero ¿por qué motivo el sultán de Denia quería entregarle un objeto de tanto valor a un monarca que consideraba infiel? Según me contó aquella tarde Gustavo Turienzo, la razón es doble: «Por un lado, existían rumores de que no es que fuera tibio en religión, sino que ni siquiera era musulmán. Si él hubiera retenido esa pieza, se habrían alzado en su contra. Se deshizo de ella, y le vino muy bien, porque en ese momento se inicia la presión de Fernando I contra el Levante. Si analizamos la historia del siglo xi en España veremos que León, en ese momento, desarrolla una vía expansiva. Encuentra que su puerto natural de salida hacia el Mediterráneo es Valencia, y ejerce una presión enorme allí. Era necesario aplacar a Fernando I». Margarita Torres, por su parte, me comentaba que «a veces nos olvidamos del papel tan destacado que jugaron los distintos territorios de la península ibérica en la Edad Media y de sus relaciones. Olvidamos que León, en tiempos de Fernando I, es el reino más poderoso de la piel de toro y que los reyes taifas se someten a su autoridad». Para el sultán de Denia, añade Torres, conseguir la copa «representaba poseer la reliquia más preciada de la cristiandad y, con ella, poder conseguir la amistad de un rey de León tan peligroso como era, en aquel momento, Fernando I el Magno. No olvidemos que a este monarca le entregaban tributos, en concepto de parias, los emires de Zaragoza, Toledo, Sevilla y Valencia. Y que, en un par de ocasiones, llega a plantarse con sus ejércitos en el Levante. De hecho, en 1065, asediando en persona Valencia, solo la enfermedad que le llevó a la muerte, y obligó a sus hombres a volver a León, impidió, quizá, su conquista, décadas antes que la del Cid. Con un hombre así, mejor llevarse bien».

Si lo relatado finalmente en los documentos se cumplió y es real, es decir, si el cáliz y demás objetos árabes fueron enviados al Reino de León, el arca de plata nielada de Sadaqa y los tesoros islámicos de San Isidoro debían pertenecer al envío realizado por Al-Mustansir a Denia. Es la conclusión a la que llegó la historiadora Margarita Torres cuando tuvo conocimiento de los hallazgos de Gustavo Turienzo. Tras descubrir la existencia de estos documentos únicos, decidieron volver a enviar al arabista a la Universidad de Al Azhar, en El Cairo, para realizar un estudio y un vaciado de los textos. Aunque no fue fácil, consiguió localizarlos de nuevo y pudo

confirmar que se trataba de escritos del siglo xiv, de época tardomedieval. «Los dos documentos fueron contrastados científicamente. El nivel de árabe que requieren es altísimo, estilo retórico del siglo xi. Lo que va surgiendo al hilo de la lectura impresiona, pero ha sido Margarita quien ha puesto los textos en correlación con el cáliz de doña Urraca», me argumentó Turienzo durante nuestra entrevista.

Es importante señalar que, aunque los pergaminos están fechados en el siglo xiv, hacen referencia a escritos y hechos del siglo xi. Algunos podrían pensar que este extremo resta veracidad al relato pero, según expertos en documentos árabes, hay un detalle que no debe pasarse por alto: «La transmisión documental es bastante rigurosa, porque en el mundo islámico tiene una validez casi sagrada. Si pone “dice Al-Qifti” es porque lo dijo, seguro, de eso no me cabe la menor duda. Una tradición histórica es más o menos válida según la cadena de transmisores. Por eso usan la expresión “nos contó”, “nos dijo”, para que quede claro que fue así, y eso es sagrado», me aseguró Gustavo Turienzo.

Continuando con las incógnitas de este caso, el arabista se pregunta, según me confesó en aquella entrevista, si el imán Al-Mustansir era realmente conocedor del poder de la reliquia enviada hacia Denia. «Yo creo que había dejado el Gobierno en manos de un miembro de la familia Sadaqa y que él no sabía que eso había sido enviado. Pienso, y esto habría que analizarlo en profundidad, que Sadaqa tomó la iniciativa y que puede estar relacionado con su muerte un año más tarde, cuando Al-Mustansir lo descubre.» No podemos pasar por alto que se conserva una carta, recogida por un compilador árabe llamado Abul Hassan, en la que el sultán de Denia escribe al imán cairota para agradecer el regalo recibido: «[...] Y entre todos los valiosísimos presentes enviados, prueba de tu generosidad, sobresale por sus merecimientos el Destino de los Destinos, la Copa colmada de misterio [...] Ese presente ha prodigado generosamente los portentos hasta que ha llegado a tus manos y [...] cada uno de ellos, siendo más maravilloso, quedaba superado por el siguiente milagro. ¿Qué misterios inefables no contiene una reliquia tan deslumbrante?». La valiosa y sorprendente información de la carta —ampliamente recogida en *Los Reyes del Grial*—, indicaría que la reliquia llegó a Denia, y que Al-Mustansir supo de la noticia, aunque lo que desconocemos es si sabía previamente que había sido enviada.

Pero, volviendo a los pergaminos cairotas, el contenido más impactante, amén de lo ya mencionado, es el pasaje en el que se cuenta que un miembro de la comitiva que trae el cáliz a Denia hace saltar

una esquirila con una gumía —especie de daga ligeramente curvada que se usaba por entonces en Oriente— y esta se separa de la copa y vuelve a Egipto, donde obra algunos milagros. Si «la Copa que dicen los cristianos que es la Copa del Mesías» finalmente llegó hasta León, debió ser sin un pequeño trozo de la parte superior, tal y como se cita en el pergamino. «Pues bien: a la copa romana de ágata que forma el cuerpo superior del cáliz de Urraca... le falta una esquirila», me confesó Margarita Torres.

Si quieres ocultar algo... ponlo a la vista de todos

El conocido como cáliz de doña Urraca, hija primogénita de los reyes Fernando y Sancha, reina de Zamora e infanta de León, se compone de dos piezas de ágata-ónice unidas entre sí por un armazón de oro. «Su parte superior, en forma de copa, está recubierta por un cuenco de metal, semiesférico, unido a una guarnición a manera de corona áurea decorada con piedras preciosas y semipreciosas, aljófares y un camafeo en el que aparece representado un rostro»; son unas líneas de *Los Reyes del Grial*, la obra en la que Margarita Torres y el doctor en Historia del Arte de la Universidad de Valladolid José Miguel Ortega han plasmado esta investigación. Se sabe que la copa fue enriquecida por doña Urraca con sus propias joyas gracias a una inscripción que figura en la parte inferior de la misma, donde reza:

IN NOMINE DOMINI URRACCA FREDINANDI

Según Torres y Ortega, los artífices de este estudio, la copa cobra gran fama desde su creación y aparece citada en diversas crónicas medievales, entre ellas, la de Lucas, obispo de Tuy en el siglo XIII; en la obra *Viages* del humanista del siglo XVI Ambrosio de Morales; o en *Vida de San Isidoro Arzobispo de Sevilla*, redactada por fray Tomás de Granda y el padre José Manzano en el siglo XVIII. Como decíamos, aunque Margarita Torres sabía que la pieza era importante y, por otro lado, que según los pergaminos encontrados por Gustavo Turienzo, la copa que los cristianos de Jerusalén consideraban el cáliz de la Última Cena habría llegado hasta León, hasta que reparó en el detalle de la esquirila no cayó en la cuenta del verdadero significado e importancia del cáliz de doña Urraca.

En el año 2010 se celebró el mil cien aniversario del Reino de León. Con motivo de tan significativa fecha, se mandó realizar una réplica exacta del cáliz de doña Urraca, y el encargado de llevar a cabo el trabajo fue el orfebre granadino Rafael Moreno. Margarita

Torres, que estuvo presente en este proceso, y José Miguel Ortega, ahondan en la pequeña fractura que presenta la parte superior del cáliz de doña Urraca explicando que, durante la elaboración de la réplica, «se advierten ciertas características que habían sido a menudo ignoradas en las descripciones de la copa. Destaca la rotura en el vaso superior [...] Llama principalmente la atención la pericia con que se produjo a cabo la fractura, impidiendo una rotura mayor. Y se advierte que fue realizada de un golpe central con un objeto punzante que en el momento hizo saltar una pequeña esquirla», exponen. Como se observa, la fractura que presenta el cáliz de doña Urraca parece casar a la perfección con lo relatado en los pergaminos de la Universidad de Al Azhar.

Es conveniente aclarar que la reliquia que habría viajado desde Egipto a León no es la totalidad del cáliz de doña Urraca. Se trata solo del cuenco que forma la parte superior de la copa; el resto es añadido de doña Urraca para enriquecer el que consideraba el cáliz utilizado por Jesús de Nazaret durante la Última Cena. Esta pieza fue identificada por el catedrático de Arqueología Antonio Beltrán y por otros especialistas anteriores a esta nueva investigación, como romana y oriental, con un marco cronológico entre los siglos II a. C. y I d. C. A pesar de que algunos medios de comunicación afirmaron, en su momento, que la datación de la pieza se realizó mediante el método del carbono 14, la medievalista Margarita Torres me desmintió el bulo: «Es absurdo siquiera plantearlo para una copa realizada en piedra, pues, como método de datación, amén de no ser cien por cien preciso, no puede emplearse jamás para este tipo de objetos arqueológicos». La copa está considerada como perteneciente a la época de Jesús porque encaja con los patrones propios del periodo helenístico-romano, «y, dentro de estos, es más cercana a los paralelos tipológicos en ágata, sardónice, ónice y vidrio que nos permiten una datación aproximada más acotada entre los siglos II a. C. al I d. C.», cronología que se ve apoyada por copas de idéntica factura que se han encontrado en diversas excavaciones en Tierra Santa y en suelo romano, en general. Aunque, tal y como expone la historiadora, «fuimos más allá, y, a través de los textos que recogen los principales lugares de peregrinaje cristiano en Jerusalén entre los siglos IV y XI (Breviarius A, Guía Armenia, Peregrino de Piacenza, etc.), se menciona que, en la iglesia del Santo Sepulcro, existe una capilla del cáliz que Cristo usó en la Última Cena, y que fue allí venerada por miles de peregrinos de todo el mundo. En ellos se especifica su material: el mismo que el de la copa del cáliz de Urraca. No cabe duda: la copa que los cristianos de Jerusalén —lugar donde celebró Cristo la Última Cena, no lo olvi-

demos— consideraban que, esa y no otra, era la que sostuvo Jesús, es la que hoy podemos admirar dentro del armazón de oro y joyas del cáliz de doña Urraca», asevera Margarita Torres. Como vemos, las joyas de la infanta leonesa sirvieron para camuflar un secreto que, durante un milenio, ha estado a la vista de todos. Si ya de por sí todas las piezas de este puzle parecen encajar, existen en León otras pruebas que apoyan esta teoría. Doña Urraca, que como nos ha demostrado su celo y su protección, conocía el origen de la pieza que había caído en manos de su padre, dejó pistas que, aunque de manera discreta, ponían de manifiesto el secreto oculto en San Isidoro de León. Para descubrirlo, solo hay que echar un vistazo al panteón real de la colegiata.

El grial representado en la «capilla sixtina» del arte románico

Sin duda, el lugar más emblemático de San Isidoro de León es el panteón real. Construido junto a la iglesia edificada por orden de Fernando I y doña Sancha, el panteón está dividido en tres naves con seis espacios cubiertos por bóvedas que se apoyan en siete arcos. Dividido por dos columnas centrales, este espacio ha sido la última morada de más de una veintena de monarcas leoneses y diversos nobles. En la actualidad, tan solo se conservan tres tumbas originales debido a los estragos causados por la Guerra de la Independencia española, tiempo en el que las tropas napoleónicas utilizaron este excepcional lugar como cuadra para los animales. Al parecer, las tumbas eran usadas como comederos. A pesar de todo, hoy día todavía se advierte la grandeza de este lugar, sobre todo por sus elaborados capiteles y, sin duda, por sus pinturas al fresco, que han propiciado que el panteón real de San Isidoro sea considerado la «capilla sixtina» del arte románico.

La decoración del panteón corrió a cargo de un personaje que, tras lo mencionado anteriormente, ustedes ya conocen muy bien: doña Urraca. Ella fue continuadora de una curiosa tradición única y exclusiva del Reino de León: el infantazgo, «institución de acogida para las infantas leonesas que gobernaba la mejor parte de los monasterios del reino», en palabras de Antonio Viñayo. En los frescos del panteón —encargados por doña Urraca y materializados por la mano de un pintor anónimo a finales del siglo *xi* o principios del siglo *xii*— se observan escenas del Nuevo Testamento que nos exponen la vida de Jesús. Pero el motivo central de la pintura «curiosamente, es la Última Cena», apunta Torres. En esta pintura del cenáculo aparecen Cristo, los apóstoles y otras dos figuras que cierran la composición: san Matías (o san Macías, que, según la tradi-



Escena del cenáculo del Panteón Real de San Isidoro de León, donde san Marcial parece sostener la parte superior del cáliz de doña Urraca.

ción, fue elegido apóstol cuando Jesús ya había fallecido) y san Marcial, Marcialis Pincerna. Se trata de dos figuras que, según lo reflejado en la Biblia, no deberían estar ahí. Como se explica en *Los Reyes del Grial*, la aparición de san Marcial «está fuera de contexto, pero su razón puede deberse a una controversia teológica del siglo XI». Al parecer, se tenía interés en convertir al primer obispo de Limoges, san Marcial, en discípulo directo de Jesús, y para ello no dudaron en situarle en una de las escenas bíblicas más representadas: la Última Cena. Le nombraron —aunque pueda parecer cómico— escanciador de vino oficial de aquella perpetuada cena, y así es como en un concilio «se le nombra copero de la Última Cena y por tanto discípulo». De esta guisa encontramos a san Marcial en las pinturas al fresco de San Isidoro, aunque lo que realmente nos interesa es lo que porta en su mano. «El arte, a lo largo de los siglos, ha tenido unos códigos. Algunos, sencillos o conocidos, otros, bien por el paso del tiempo o por interés del artista, más complicados o desconocidos. En este caso ha quedado demostrado que la mejor manera de mantener una cosa oculta es a la vista de todos. Por ejem-

plo, sin saber qué sostenía san Marcial en la mano en la pintura de la Última Cena del panteón real de San Isidoro de León, el mensaje no podía reconocerse», me comentó, en su momento, José Miguel Ortega, pues lo que sostiene san Marcial es un objeto idéntico a la parte superior del cáliz de doña Urraca, a la reliquia que habría llegado de Oriente en tiempos de Fernando I.

En el arte románico es importante seguir la mirada de los personajes y, en el panteón real, los ojos de san Marcial se dirigen directamente a los de Jesús, que, si hacemos caso a todo lo que ya hemos enumerado, es, en realidad, el dueño del cáliz que sostiene el santo. Los autores de *Los Reyes del Grial* rescatan, también, otro dato presente en uno de los pergaminos egipcios, donde se dice que «un obispo franco de Al-Yalaliqa [León], que estaba de peregrinación por entonces en Jerusalén», acompaña a la copa durante el viaje. Y continúan: «Sabemos que ese mismo año Elinand, obispo de Laon, peregrinó a la Ciudad Santa». Entonces ¿puede ser esta pintura una representación del obispo trayendo la reliquia sana y salva hasta León? Se desconoce este extremo, aunque hay otros detalles griálicos en el panteón de San Isidoro, como una representación del cáliz. Justo en un fresco del «calvario ante el que se arrodilla el rey Fernando, aparece, de nuevo, la imagen del cáliz. Siempre se había interpretado en clave eucarística, pero ahora, quizá, sea necesario incidir más en este aspecto», señala Margarita Torres, añadiendo que esa copa que porta José de Arimatea en el fresco románico es idéntica al cáliz de doña Urraca.

Cuando llegamos a un punto tan avanzado de esta historia, es conveniente formular una pregunta que muchos ya se han hecho. Si los autores de esta investigación están en lo cierto, y la reliquia finalmente llega a León, ¿por qué se camufla bajo la efigie del cáliz de doña Urraca? ¿Por qué mantenerla en secreto en una época en la que los centros de peregrinación estaban en auge y aportaban prestigio, dinero y notoriedad? Los estudiosos consultados coinciden en la prudencia y en la responsabilidad como posibles razones del silencio. «Lo mejor es centrar la atención en otra historia para proteger la copa. Es una responsabilidad muy grande y estas cosas no se sueltan así a lo grueso», me comentó, en su momento, Gustavo Turienzo. Por otro lado, Torres y Ortega afirman que «la escasez de documentación, que hace enormemente complicada la respuesta, llega a ser sospechosa» y «la importancia del objeto hace que los monarcas leoneses sean extraordinariamente prudentes [...] pues, en el fondo, se ha producido un robo a la Iglesia ortodoxa. Y su divulgación lleva consigo más perjuicios que beneficios». Quizá, el punto más oscuro de esta historia sea reconstruir la vida de la reliquia anterior al si-

glo ix, momentos en los que se gesta la historia de la pieza. Unos inicios que, según Torres y Ortega, nos llevan a Jerusalén, donde el objeto cobra fama por ser aquel del que bebió Cristo en la Última Cena y por representar el rito que, según los Evangelios, quedó inaugurado aquella noche: la Eucaristía. Si, realmente, esa pieza se conservó, tuvo que ser en Jerusalén. En *Los Reyes del Grial*, los autores aseguran que las primeras comunidades cristianas «siguen una tradición oral muy cercana en el tiempo y quienes la transmiten tienen una especial preocupación por que se mantenga fiel a los hechos. Estos elementos son de una gran importancia si tenemos presente que, junto a estas tradiciones, se conservaron objetos importantes de la vida de Cristo». Si se hubiera conservado el cáliz de Jesús «es más verosímil que permaneciera en la ciudad santa de Jerusalén, donde se encontraba la comunidad cristiana más organizada y numerosa», explican. Las fuentes cristianas que se han conservado hablan de la presencia del cáliz en Jerusalén desde el siglo iv hasta el siglo ix. Después, si hacemos caso a las fuentes musulmanas descubiertas por Gustavo Turienzo, se asegura que el cáliz fue trasladado a mediados del siglo xi a León. A pesar de todo, hay que tener en cuenta que las fuentes historiográficas no están completas. Tanto en Jerusalén como en Egipto y en León, se han dado numerosos saqueos, incendios y acontecimientos que han hecho desaparecer infinidad de documentos que hubieran cerrado este relato. Gustavo Turienzo, además, añade que, ya en los primeros tiempos de Jerusalén, se citan, premeditadamente, otras reliquias menores pero no el cáliz, posiblemente «con la intención de protegerlo». Aun así, según los autores de *Los Reyes del Grial*, se cuenta con algunos datos exactos: «la última vez que aparece el cáliz de Nuestro Señor, que es como lo denominaban, en las fuentes cristianas, es en un texto llamado Commemitorium datado hacia el 808. Después, las fuentes musulmanas vuelven a dar información hacia el 1055 asegurando que el destino final es León», explica Ortega. Hay que destacar, según los expertos, que tanto fuentes cristianas como musulmanas coinciden: la reliquia era guardada en una capilla de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, donde era visitada por peregrinos, y algunos de ellos la describieron en textos que han llegado hasta nuestros días. Después, a la luz de esta investigación, la copa habría acabado en manos musulmanas, y, también, cobrando fama de sagrada y milagrosa: «No olvidemos que Jesús es un profeta que solo cede en importancia ante Mahoma», me comentaba Turienzo. Esto, quizá, explicaría los constantes intentos de saqueo al Santo Sepulcro, no solo producidos por la necesidad de ofender, «también para recuperar la pieza», conjetura el arabista.

Sea como fuere, el interés que la figura del Grial sigue generando hoy día ha hecho que esta investigación haya sido conocida internacionalmente. Desde que se divulgara la noticia, el Museo de San Isidoro, debido a la gran afluencia de visitantes, se vio obligado a habilitar una nueva sala de exposición para poder mostrar la pieza de forma única y con las medidas de seguridad pertinentes. Ese nuevo espacio, tal y como amablemente me explicó la gerente del museo, Raquel Jaén, durante mi visita, ya lleva unos años en funcionamiento. En él, todo el que se acerque hasta la Real Colegiata de San Isidoro de León podrá descubrir una pieza que invita a soñar. Esto me ocurrió a mí cuando en una fría noche estuve a solas con el grial leonés. Y lo mismo ocurre en la catedral de Valencia.

El santo cáliz de Valencia, el peso de la historia y de la tradición

Hasta la aparición en escena del cáliz de doña Urraca, el único grial que reunía las pruebas arqueológicas e históricas para sustentar que aquella historia podía ser algo más que un mito era el santo cáliz de la catedral de Valencia. Era y sigue siendo objeto de gran veneración entre los cristianos. Tanto es así que la Santa Sede concedió a Valencia un Año Santo perpetuo quinquenal en torno a esta reliquia, que custodia la catedral valenciana desde el siglo xv. Pero ¿cuál es su devenir anterior? Yo quería conocer el pasado de esa copa alejandrina y, para ello, me puse en contacto con Jorge Manuel Rodríguez Almenar, doctor en Historia del Arte, licenciado en Derecho, profesor de la Universidad de Valencia, presidente del Centro Español de Sindonología (CES) y uno de los mayores expertos en el grial valenciano. Él fue el encargado de despejar aquellas incógnitas que nacieron en mí cuando, siendo adolescente, visité la catedral de Valencia en una excursión organizada por el colegio en el que estudié, el Sagrado Corazón de Jesús y M.^a Inmaculada de Miajadas (Cáceres).

El mito que se tornó realidad gracias a la arqueología

Hasta los años sesenta el cáliz valenciano tenía fama debido a la tradición y a las leyendas que le rodeaban. Pero aquello cambió cuando el arzobispo Marcelino Olaechea decidió averiguar qué era aquello realmente. Y para ello solicitó ayuda a Antonio Beltrán, por entonces catedrático de Arqueología de la Universidad de Valencia. «Según nos contó personalmente Antonio Beltrán, él era muy reacio a hacer este estudio. Le dijo el arzobispo: “Yo quisiera que usted

hiciera una conferencia sobre el santo cáliz”. Y Antonio Beltrán dijo: “No, porque previamente debería estudiarlo y para ello tengo que desmontarlo, tocarlo y ustedes no me van a dejar”, añadiendo: “Y yo tengo mis dudas de que sea el santo cáliz”. El arzobispo dijo: “Yo también, pero quiero que me lo diga un catedrático de Arqueología”», cuenta Jorge Manuel Rodríguez Almenar.

Así, Antonio Beltrán realizó sus estudios, que fueron publicados en 1960 bajo el título *El Santo Cáliz de la Catedral de Valencia*. Para llevar a cabo su investigación, el experto desmontó el relicario del que forma parte el cáliz y contrastó datos con distintos especialistas «entre ellos del Museo Británico, pues tienen bastantes copas de la época romana, y también con profesionales italianos», señala el presidente del Centro Español de Sindonología. Una de las conclusiones a las que llegó el profesor Beltrán fue que se trataba de una copa de origen oriental de entre el siglo II a. C. y mediados del siglo I d. C. En cuanto al material, expertas en gemología de la Universidad de Zaragoza «han determinado que, según la clasificación internacional de piedras preciosas, se puede definir su material como una ágata veteadada. Porque el ónice y otros materiales que se han citado son todos variantes del cuarzo, y es muy difícil determinar exactamente qué variedad es», explica Rodríguez Almenar.

Precisamente, el material del que está hecha la copa es el que le otorga una de sus características más especiales. En algunas iglesias románicas del Pirineo aragonés del siglo XII se representa a la Virgen sosteniendo una copa de la que se desprendían rayos, como si ese objeto refulgiera. El experto señala: «Ese fulgor es real, es lo que le ocurre a nuestro santo cáliz. Si le colocas una linterna parece una antorcha ardiendo. Es impresionante, cuando se le pone la luz adecuada no tiene nada que ver, se ve como una llamarada. Es debido a que tiene un grosor de tres milímetros y al tipo de piedra, semitransparente».

Desde Roma hasta Aragón

¿Qué dice la tradición sobre el pasado de esta reliquia valenciana? Cuenta que esta pieza fue llevada a Roma por san Pedro y que la fueron custodiando distintos papas hasta el siglo III, en concreto hasta el pontificado de Sixto II. San Lorenzo, diácono de este papa, habría recibido la orden de salvar la pieza y habría enviado el grial hasta su tierra natal: Huesca. La razón: librarlo de la persecución del emperador Valeriano a los cristianos, que buscaba los «tesoros de la Iglesia» para paliar la crisis económica que atravesaba el Imperio.